

Armando Bazán

La urbe se trastorna

No sé si lo que relato aquí corresponde a la visión de una lejana realidad o a la de un sueño reciente.



L cielo de la gran ciudad se presenta casi siempre límpido y altísimo; se diría una seda intensamente azul, brillante, recién teñida. Desde las cercanas montañas nevadas del oeste sopla un viento constante y fino que se oxigena y perfuma al pasar por entre los tupidos pinares de las laderas, más cercanas aun, para llegar fresco y tonificante a las calles de la ciudad; por ese lado baja también una agua cristalina, purísima; los viajeros expertos que llegan a beberla suelen decir que es el agua más pura y agradable del mundo.

Si uno sigue examinando el paisaje, verá una cadena de cerros que se eslabona y prolonga abarcando una área lejana hasta formar un anillo de variadas coloraciones que van desde el nácar al hierro viejo y desde el oro al amatista.

Más allá de esa barrera policroma, y en todas direcciones, se extiende un suelo amarillento de colinas a veces peladas, áridas, a veces cubiertas de tostados trigales con sus molinos de viento a los flancos. El que conoce un poco de historia sabe que por esas tierras surgieron al mundo geniales artistas, analfabetos conquistadores, santas o reinas místicas que supieron poner las bases de inmensos imperios políticos o espirituales.

En las plazuelas antiguas, en las avenidas modernas, en los museos y en cientos de edificios de la urbe hay monumentos, cuadros de pintura, incunables preciosos que perpetúan el recuerdo y mantienen la devoción por esos inmortales que suelen llamarse Cervantes o Goya, Hernán Cortés o Francisco Pizarro, Isabel la Católica o Santa Teresa de Jesús.

En otro aspecto, la ciudad aparece como una de las más agradables y pintorescas que sea dado conocer, por el colorido de sus muchedumbres, la variedad infinita de su arquitectura. Uno se encuentra caminando por una amplia avenida de rascacielos con sus almacenes de vitrinas modernistas y sus cafés suntuosos como catedrales o mezquitas, igual que si fuera en la misma Nueva York, cuando de pronto al doblar una esquina y avanzar unas decenas de metros se presenta ya la calleja estrecha que suele llamarse «El Desengaño», «Jardines» o «Chinchilla» con ventanas de reja y balcones vetustos atestados de geranios y enredaderas, las tabernas y los colmados centenarios, donde las gentes penetran a lo largo del día, un instante, para beber los

vinos que vienen desde los cuatro puntos cardinales en sus jugos más sabrosos y en sus más variados matices de diamante o topacio, de granate o de rubí.

Cuando uno ambula por esas callejas hacia el anochecer, se escucha de pronto el grito fugitivo del orga-
nillo invisible, o bien la queja persistente del flamen-
co, el bordoneo evocador de la guitarra andaluza o el
sollozo sin fin de la gaita gallega.

La ciudad, mitad neoyorquina y mitad medieval
cobra entonces a esa hora un mágico encanto: las da-
mas paseantes sonríen con gracia al piropo delicado,
las miradas responden cariñosas a las miradas que nun-
ca vieron; hay apretones de manos desconocidas y to-
dos los hombres se esfuerzan por hacerse mutuamente
grato el momento de vida fugaz.

El viajero que ponga allí la planta y llegue a con-
substanciarse con ese paisaje, a entender el ritmo y la
armonía de esa vida, a sentir el sortilegio de ese espí-
ritu, se encontrará sin ánimo para arrancar el vuelo a
otras ciudades. Y se quedará allí creyendo que ha
llegado a los pórticos de un paraíso terrenal.

* * *

Pero he aquí que, de pronto, en idéntica forma que
recortado sobre un cielo diáfano aparece impasible,
inofensivo, hermoso el cráter de un volcán que horas
después va a vomitar su lava ardiente para esparcir el
incendio, el terror y la muerte por todo el suelo que

lo circunda, así la ciudad que hasta hacía poco aparecía inefable, tórnase desconocida, sombría, trágica. Ciérranse las puertas, apáganse los cantos y las palabras cordiales; en todas partes aparece el gesto desconfiado, la palabra de imprecación, la mirada incendiada de rencores implacables; hombres y mujeres, jóvenes y ancianos se han armado de cuchillos y pistolas, y van de un extremo a otro de la ciudad en pequeños grupos o en grandes muchedumbres, empujados por una incontrastable fuerza de odio, a buscar otros grupos y otras muchedumbres para encontrarse y chocar entre sí como nubes cargadas de misteriosas fuerzas y dejar después el cielo manchado de humo y la tierra cubierta de sangre y despojos humanos. Aquí y allá, los unos increpan en nombre de mitos antiguos, los otros en nombre de mitos por venir; y enunciando ideas que forjaron para mejorar el destino del hombre se olvidaron del de hoy, del presente, del hombre mísero y mortal.

Los pórticos del paraíso se han tornado como por un golpe de magia terrorífica, en un teatro de locura y de muerte.

* * *

Julián Vega, con sus veintidós años vagabundos es, como todos los muchachos de su edad, un actor febril en el drama pavoroso. Sus manos, que no manejaron nunca sino pinceles y colores han cogido de pronto la pistola, y se siente empujado irresistiblemente a mo-

verse por entre las complicaciones y vericuetos del caos exactamente igual que un minúsculo pedrusco de la lava de un volcán en erupción.

No sabe lo que ha visto en días pasados; lo que acaba de ver: dolor y más dolor en todas sus formas; le obsesiona sobre todo la visión de la chiquilla que paseaba casi junto a él: talle de junco, rostro de azucena; iban por la calleja de geranios y enredaderas, cuando oyeron la ronquera de un motor aéreo; levantan los ojos y un pájaro de acero suelta al pasar un huevo plateado, brillante del azul celeste en el punto preciso donde llegó a caer surge una columna de fuego, polvo y trueno; uno de sus relámpagos fué metralla y llegó a herir el tallo de junco, a manchar de sangre mortal el rostro de azucena. Se olvidó de la existencia al levantar del suelo así a la chiquilla para llevarla en el hombro sin ver otros despojos, bañándose en la sangre virginal, hasta dejarla completamente exangüe y vacía en una puerta de hospital.

¿Cómo había sido? ¿Y cuándo? ¿Hacia siglos? ¿No estamos hechos de la madera de los sueños? Igual que en la ciudad todo se ha trastornado en su mente. Y sus movimientos tienen ya más del autómata impulsado por el resorte del instinto de conservación, que del hombre consciente. Una voz obscura, pero persistente le dice que es necesario moverse, porque la quietud sería la muerte fulminante en la vorágine. Y allí se encuentra en pleno movimiento febril. Y en ese mo-

vimiento, a veces ordena y a veces obedece alternativamente.

Le dicen una mañana, por ejemplo, que en tal caserón vetusto que está en una zona de fogueo mortífero, se encuentran refugiadas algunas religiosas, que pesa sobre ellas una grave acusación y que es necesario trasladarlas a otro lugar seguro, donde permanecerán detenidas bajo custodia de mujeres adictas.

Julián Vega se hace acompañar de cuatro muchachos armados de fusiles y toma una camioneta. El vehículo recorre vertiginosamente el trayecto; no se sabe cómo logra sortear los obstáculos de las trincheras improvisadas, no se sabe cómo deja pasar a salvo rozándole el flanco a ese otro vehículo que parecía venir como un bólido a estrellarse contra él; no se sabe cómo pasa intacto por entre las ráfagas de ametralladoras que vienen desde los tejados, desde las ventanas, desde no se sabe dónde.

* * *

En el caserón vetusto nadie opone la menor resistencia: las puertas ceden a la mínima presión y por los pasillos penumbrosos sólo se oye el eco de los ruidos que hacen al entrar los muchachos armados.

En el ángulo de un gran salón atestado de muebles antiguos permanecen tímidamente agrupadas cinco mujeres que visten hábitos de hermanas religiosas. La presencia de los desconocidos armados no las inmuta

en lo mínimo, y permanecen apiñadas, inmóviles, rumoreando como si musitaran una oración.

Julián Vega es el primero que penetra con la pistola dispuesta a disparar; tan luego como ve el grupo de religiosas, guarda el arma y se acerca lentamente:

—Pesa una grave acusación contra ustedes. En la capilla del hospital donde moraban se ha encontrado un verdadero arsenal. El asunto no está aún esclarecido. Ustedes lo saben. ¿Por qué huyeron a refugiarse en este palacio?

Cuatro de las interpeladas vuelven la mirada hacia la hermana del centro, que permanece inmóvil con la toca hundida hasta la altura de los ojos y el rostro inclinado e invisible. Al ver que ella no dice una palabra, una de las cuatro se aventura a hablar, a dar explicaciones y tratar de justificarse. Han ido allí porque unas enfermeras fueron a reemplazarlas forzosamente en sus funciones hace dos días solamente. Saben lo del arsenal de la capilla: el sacristán declaró antes de ser fusilado el nombre de sus cómplices; ellas no tenían absolutamente nada que hacer con el asunto; nadie hay que pueda acusarlas con pruebas o con hechos concretos; vinieron a refugiarse allí porque esa casa pertenece a los padres de la que habla y que no se sabe dónde puedan estar a esa hora...

Julián Vega las escucha apenas, porque se ha dedicado a observar el salón, los cuadros, los muebles. Sobre algunas mesillas se ven tableros de damas, la disposición de las fichas indica que el juego se cortó

imprevistamente. Cuando la religiosa termina su tímida defensa, el muchacho habla un poco alterado:

—¡Jugando damas cuando hay miles de heridos! Van a tener que ir con nosotros a un sitio donde podrán hacer algo más útil que rezar y jugar a las damas.

—Ni siquiera hemos tocado esos tableros—responde serenamente la misma voz. Y si no hacemos nada es muy a pesar nuestro. Ya dije el motivo...

En ese instante el grupo se encamina hacia la puerta de calle.

* * *

La camioneta rueda otra vez por una amplia alameda casi desierta, donde es más raleado el tiroteo. Las cinco mujeres van sentadas en una banqueta en la misma disposición que guardaban en la sala del caserón; la del medio permanece con la cabeza inclinada y el rostro invisible como si sufriera horriblemente y no quisiera mostrar a nadie la huella de ese sufrimiento. Los cinco muchachos armados van de pie frente a ellas como observándolas.

—¿Vamos al depósito de mujeres?—pregunta uno de ellos.

—No; a los talleres de costura de Antón Martín, contestó Julián Vega.

Otro de los muchachos agrega: Allí las vigilarán como es debido y tendrán que hacer algo más útil que jugar damas.

—No, contesta Vega con una amarga y punzante ironía—ellas dicen que no saben jugar damas...

La religiosa que iba con la cabeza inclinada, se yergue en ese instante lentamente; levanta la cabeza con un gesto delicado hasta dejar la frente descubierta y exclama con acento de dulzura y sufrimiento:

—¡También sabemos jugar damas, hijo mío! Veo que estás muy ofuscado y que tienes la memoria un poco frágil, chiquillo...

Una bala de esas que cruzaban el espacio en todas direcciones en ese instante, que hubiera venido a clavarse en el pecho del muchacho no le habría transfigurado el rostro tanto como lo hizo al oír esa voz y ver ese rostro. Como si despertara súbitamente de un sueño, su imaginación reconstituyó en lo que dura un relámpago la escena de hacía unos dos años a lo más: él, convaleciente de una grave enfermedad en un lecho de hospital de pobres, y esa madre que veía delante, ella misma, tratando de alegrar su soledad, de aliviar su desdicha sentada junto a él sobre el lecho con su tablero de damas. Y hasta cree escuchar claramente aquella voz diciéndole: «Te traigo las manzanas que me ganaste. Juega pequeño; juega otra vez ladronzuelo»...

Sus nervios excitados hasta la hiperestesia, le hacen entonces estallar en sollozos, ponerse de rodillas y buscar la mano de la religiosa:

—Cierto... cierto... santa... madre, madre.

Un silencio de estupefacción apretaba las gargantas

cuando la madre de caridad trataba de iluminar con una sonrisa la desolación de su semblante y decía acariciando la cabellera del muchacho postrado:

—¡Que el cielo tenga piedad de vosotros y de nosotras, hijo mío! ¡Que el cielo tenga piedad!

* * *

Unos segundos después, la camioneta desviaba su curso para encaminarse al hospital San Carlos y dejar allí bajo responsabilidad de vida o muerte de los cinco muchachos, agitándose como dulces flamas de ternura en un rincón de la urbe trastornada, a esas cinco mujeres nacidas para el noble sacrificio.